Evaristo y Antimonio eran la misma cara de la espiral matamosquitos masoquistas. Eran como cebo y miel; cal y bismuto.
Evaristo era un modesto hombre de comportamiento y apariencia subactuada. En su parsimonia, respondía algo que ni a favor ni en contra: diferente.
Por ejemplo, ayer lo vi limpiando los cristales de la cartelera del cine en el que trabaja y vive; le pregunté por el clima con toda la intención de obtener una respuesta normal, y dijo:
—No importa si llueve o no en su totalidad; lo que importa es mirar el reflejo que nos dejan los charcos.
(Pasan dos segundos de crisis existencial).

—Eh, bueno, quiero ver la de *King Kong* otra vez…
Sus elecciones de vida eran como su carácter: pacíficas, pero no ideales. Ante un dilema, siempre encontraba otra cosa para, digamos, disolverlo.
Su mejor amigo es Antimonio; un vagabundo, drogadicto, autodestructivo e infelizmente feliz, sí. Antimonio amaba sufrir; lo necesitaba. Llegaba un punto en que su organismo recibía tanto daño que volvía al punto inverso de lo que significa «dañino» para su cuerpo. Entonces, se alimentaba bien, dejaba las drogas, sufría felizmente el período de abstinencia hasta mejorarse, conseguía trabajo y, de nuevo, caía en los vicios. Ya lleva tres matrimonios exitosamente fracasados.

—Hola, Evaristo, ¿no tenés algún foco de fluoruro que te sobre para desayunar?
—Entiendo que estés intentando comer focos, pero por el momento la línea está descansando.

Evaristo y Antimonio tomaron un auto, el mío. Dieron vueltas y vueltas por toda la cuadra, siempre parando unos segundos en la ferretería; luego continuaban. Bajaban en un baño, buscaban un cartón para que Antimonio

jugara a la guerra de almohadas, pero no encontraban nada. De nuevo en el vehículo, cabalgaban hasta el amanecer, a toda metro conducción.

—Antimonio, voy a alquilar este auto.
—¿Pero lo vas a dar en renta o lo vas a tomar en renta?
—Sí.

Circunvalación en tierras, suficiente sufrimiento para ellos. Bajaron, tomaron una piedra y un chocolate y condujeron hasta una convención de anime.
Se encontraron en un rincón donde un joven artista de internet vendía chapitas y pines.
Antimonio, jugueteando con las ilusiones del artista, se acercó a él con una sonrisa traviesa.

—¡Mirá esto! —exclamó, mientras se clavaba un pin en el pezón.
El chico, un adolescente de apenas catorce años, palideció al ver la escena.
—¿Qué hacés? —preguntó, horrorizado.
Antimonio no se detuvo y se clavó más pines en la lengua, haciendo una mueca de dolor, y luego, como si no fuera suficiente, se metió un par entre los ojos y los párpados, causando un grito de terror en el niño.

—No es para tanto —dijo Evaristo, mientras buscaba un billete en su bolsillo —.
Aquí tenés algo —agregó, ofreciendo una bola verde arrugada—.
Desenvuelta mostró ser un papel verde con números y letras aleatorias.
—¿Qué es esto? —preguntó el niño, arrugando el papel, haciendo fuerza para mantenerlo en su puño y no lanzarlo.
—El código secreto de un tesoro escondido debajo de una casa patrimonial marroquí.

El chico frunció el ceño, confundido.
—Eso expira en algunos años.

Con todo el bullicio, los dos muchachos decidieron que no era el momento de irse. En lugar de eso, empezaron a atraer a los transeúntes, ofreciendo los beneficios y contras de comprar limpiacristales.
—No estamos vendiendo eso —le recordó Evaristo a Antimonio, que seguía con su espectáculo.
Mientras tanto, Antimonio decidió que necesitaba una prueba de su resistencia. Se cortó la lengua en pequeñas rodajas.
—¿Aún tenés nervios en la lengua? —preguntó el chico, al observar con los ojos bien abiertos esa lasaña sangrante en la boca del vagabundo.
—Vamos a descubrirlo —respondió Antimonio, dejándose al descubierto los nervios, entretejidos como si fueran hilos de un suéter.
Evaristo, observando a su amigo, comenzó a rodearlo con una piedrita, girándola con movimientos suaves.
Subía la tarde y caía la luna, y los hombres iban dando saltitos de sapo por toda la avenida. Ah, el chico del puesto se llamaba Antonio.